



La obsolescencia de la comunicación interpersonal en la era moderna.

Paloma Viotti Bozzini
Argentina

Nuestro modo de vida está en continua metamorfosis. No hace falta que le preguntemos a nuestros padres o abuelos sobre sus experiencias, alcanza con simplemente recordar nuestra infancia o incluso solo retrotraernos un par de años en nuestra memoria para reconocer el contraste y darnos cuenta de lo mucho que han cambiado nuestras formas de vida en tan poco tiempo.

No cabe duda que la gran mayoría de estos cambios y avances, los cuales fueron posibles gracias al desarrollo tecnológico y a los procesos de globalización, han sido para mejor y nos han traído un sinfín de beneficios tanto económicos, como sociales y culturales. Pero sin embargo, han dejado atrás a una multitud de costumbres.

Pertenezco a la generación de los llamados Millenials o generación Y, rodeados de tecnología desde nuestro nacimiento, y testigos de la velocidad exponencial con que la misma ha ido avanzando. Día a día, hora a hora, minuto a minuto, segundo a segundo. Estos cambios han resultado en un impulso genuino e indiscutible en la vida cotidiana, nos han permitido estar rodeados de comodidades que han mejorado nuestro tiempo, nuestra rutina diaria. Pero como todo avance también debemos reconocer que ha tenido sus falencias, algunas de ellas ya descritas y minuciosamente estudiadas en la actualidad. La más impactante a mi modo de ver, es el deterioro que han sufrido las relaciones entre seres humanos.

Hoy es más cómodo, más rápido, más sencillo mantener una comunicación con amigos, con dos, con tres, con cuatro o cinco a la vez. Con amigos de acá, de allá, con amigos nacionales, con amigos internacionales. Con gente que está sentada al lado mío, con gente que está sentada a miles de kilómetros de distancia, con gente que no puedo tocar, con gente que no puedo mirar, con gente que no puedo ver la expresión en sus caras. Caminar por la calle, subir a un colectivo, tomar un vuelo, sentarse en un bar, se han convertido en momentos unipersonales, incluso aunque seamos 10 en la mesa. Cada uno con sus redes, sus contactos, sus búsquedas inacabables y fantásticas que nos brinda la tecnología. Estamos conectados cibernéticamente, pero desconectados en tiempo real. Físicamente presentes pero mental y socialmente ausentes. En primera persona estoy presenciando cómo poco a poco vamos dejando en desuso y obsoletas las relaciones interpersonales.



El mundo seguirá evolucionando y este será seguramente el camino correcto. Pero hay algo que no cambió y no cambiará. Los seres humanos seguimos siendo gestados en nueve meses, comenzamos a balbucear alrededor del año, comenzamos a caminar entre los dos y tres años, adquirimos hábitos saludables del sueño después de los dos años, tenemos sentimientos de amor y de odio porque son inherentes al ser humano y tenemos el don de los sentidos; olfato, gusto, audición, visión y tacto. El mundo a nuestro alrededor está en un continuo cambio, las cosas simplemente quedan obsoletas porque son reemplazadas por algo distinto y mejor. Pero el ser humano, el hombre, sigue siendo el mismo que hace millones de años. Los recién nacidos de esta era siguen necesitando el calor materno para sobrevivir, tanto como lo necesitaron aquéllos nacidos en la prehistoria. Necesitamos el contacto físico, el contacto social, necesitamos el contacto humano. Nada se compara con el contacto cara a cara, mano a mano, corazón a corazón.

Y sé que todo esto puede sonar como una figurita repetida. Simplemente una vez más alguien hablando de la falta de comunicación entre las personas, de cómo los teléfonos móviles, el internet, las redes sociales han impactado sobre nuestras relaciones interpersonales de una manera tan negativa. Pero creo yo que hasta que no resolvamos el problema no podemos permitirnos dejar de hablar del mismo, no podemos dejar de mencionarlo, no podemos dejar de discutirlo y no podemos dejar de buscar una solución. Una forma de adaptarnos al cambio, de incluirnos con la tecnología pero sin dejar de incluirnos entre nosotros mismos.

Y todo esto me lleva a reflexionar: si vivimos en un mundo donde es más que común encontrarnos con situaciones de pobreza, marginación y desigualdad, donde ni siquiera hace falta tomarse un avión a los rincones más pobres del planeta, ni a las provincias menos desarrolladas de nuestro país y basta simplemente con salir a la calle a observar la realidad social en la que vivimos; ¿de qué nos sirve entonces tanto avance tecnológico? ¿de qué nos sirve tanto progreso incontrolablemente rápido? Si hay sectores de la población que se están quedando atrás y nadie parece notarlo. ¿Cómo podemos aceptar que mientras se desarrollan las más avanzadas maquinarias aun hay personas que luchan cada día por sobrevivir? ¿De qué sirven tantas redes, tanta globalización si es esta misma la que nos está robando poco a poco la capacidad de sentir empatía por el otro?

Por supuesto que no sugiero que se deba retroceder, ni mucho menos dejar de invertir nuestra gran cantidad de conocimientos en seguir desarrollando nuevas tecnologías, sé que hay muchísimo por descubrir y por mejorar. Pero una cosa no debería reemplazar completamente a la otra. No cabe duda de que en términos globales, la posibilidad de tener una conversación en tiempo real con una persona que se encuentra en la otra punta completamente opuesta del planeta es no solo fascinante sino también extremadamente útil. Pero no por poder comunicarnos a través de miles de kilómetros vamos a dejar de hacerlo con aquellos que están a apenas unos cuantos metros de nosotros.



Para dar un ejemplo algo mas grafico de un sector que fue inmensamente mejorado gracias al desarrollo de nuevas tecnologías pero que a su vez sufre exactamente el tipo de desapego personal que describí previamente, podemos hablar de la relación médico-paciente. Los grandes avances tecnológicos han arrasado con dicha relación, ya que hay una ruptura de los vínculos sociales que afectan a la misma. Indiscutiblemente la tecnología en medicina es un avance importantísimo desde hace más de 30 años, pero definitivamente alejó al médico del cuerpo del paciente y de su subjetividad. Hay un imperio de imágenes pero un deterioro de la palabra y de la escucha que si bien afecta a todos los vínculos sociales es especialmente notorio en el área médica. Increíbles son las avances que pudimos obtener en medicina gracias a la tecnología, y aún más increíbles son aquellos que prometen las actuales investigaciones, como por ejemplo el uso de redes neuronales para hacer diagnósticos inteligentes y rápidos de diversas enfermedades. Indiscutiblemente debemos sacar provecho de los nuevos métodos para diagnosticar y tratar a los enfermos, pero siempre recordando que si bien es muy probable que algún día llegue el momento en que una computadora pueda diagnosticar y tratar mejor, más rápida y eficazmente que lo que un profesional lo hace actualmente, jamás podrá transmitir la información de la misma manera que lo que lo hace un médico, una persona humana; jamás podrá acompañar al paciente de la misma manera. ¿Acaso es igual enterarse que tienes cáncer por un sistema computarizado que por un ser humano igual a vos que probablemente sabe por lo que estás pasando y que buscará la forma de ayudarte a atravesar ese momento tan desalentador? Los pacientes no solo acuden al médico para ser tratados, sino también para ser cuidados y recibir empatía. En definitiva: sentir humanidad.

Concluyendo, si bien creo que hay infinidad de sistemas que seguimos utilizando hoy en día que deberían quedar obsoletos y reemplazados con sistemáticas más modernas y acordes a la realidad actual, las relaciones interpersonales son un factor clave para el desarrollo de la cualidad humana. Y en este mar de obsolescencia considero a la comunicación real (no virtual) como uno de los pocos sistemas que no debemos dejar que queden obsoletos.